

social, tan apremiante hoy, y que su descripción de la existencia omita la dimensión comunitaria. A pesar de estos reparos, creo que el bergsonismo independiente y plenamente católico del decano jubilado de Grenoble es capaz de conducir a los hombres de buena voluntad, según la justa divisa de NEWMAN, *ex umbris et imaginibus usque ad lucem*.

ALAIN GUY

Faculté de Lettres de Toulouse

EL POSITIVISMO LOGICO EN GRAN BRETAÑA

La primera edición de *Language, Truth and Logics*, en la que A. J. AYER trataba de establecer los principios constitucionales del neopositivismo británico, constituye un curioso documento acerca de los desarrollos del pensamiento contemporáneo. A duras penas puede el lector contener su asombro y, a veces, su indignación ante la petulancia y la dureza de la posición expresada en las páginas de tan breve trabajo. Vienen a la mente los excesos simplistas y dogmáticos del *De rerum natura*, con el agravante de que LUCRECIO no se permitió el lujo de despreciar un pasado filosófico tan ilustre y tan rico como el que AYER tiene a sus espaldas. La segunda edición de la obra muestra ya la aparición de ciertos remordimientos en la conciencia del autor. En efecto, AYER trata de compensar, mediante una introducción y abundantes notas, los abusos de lo que él mismo confiesa ser una obra de juventud, no tan sólo personal, sino del movimiento filosófico representado mismo.

No solamente el conocimiento de *Language, Truth and Logics*, sino también el de la situación filosófica actual en las Islas Británicas, llenan al observador de desconcierto. Uno se pregunta adonde ha ido a parar el esfuerzo de COLLINGWOOD, de ALEXANDER y de WHITEHEAD, cuyas maduras y elaboradas posiciones han sido barridas del país por el primitivismo de la filosofía del lenguaje, con tanta facilidad y rapidez. La importancia, que a los dos últimos pensadores citados concede la crítica filosófica europea en la restauración de la Metafi-

sica, corre parejas con el desconocimiento que de los mismos se tiene en su país de origen y con el apelativo de oscurantista, que puede verse aplicado quien en reuniones filosóficas británicas se atreva a mencionar el nombre de la Metafísica. Pues bien, hace poco ha visto la luz otro documento, capaz de ayudar a comprender lo sucedido en aquellos ambientes intelectuales, aunque no a justificarlo. Se trata de la edición de una serie de charlas dadas en el tercer programa de la B. B. C., hace tres años, por los principales analistas ingleses. En las páginas de *The revolution in Philosophy* (1) tratan éstos de señalar los vínculos que los unen a la anterior tradición de pensamiento, así como de dar cuenta del nivel alcanzado por la nueva escuela en el cumplimiento de sus propósitos. El libro merece, por tales motivos, un cuidadoso análisis.

La introducción es de Gilbert RYLE, del «Magdalen College», profesor de Metafísica en Oxford. En ella trata de describir la situación social y cultural en que se han manifestado los acontecimientos filosóficos a que se refiere el resto del libro, señalar el argumento que los enlaza y, finalmente, citar algunos datos olvidados. En primer lugar, se plantea la cuestión del cambio de población intelectual en los medios académicos británicos. Destaca que, cuando BRADLEY, el último patriarca de la tradición idealista, estudiaba, esa población era predominantemente clerical; incluso la mayoría de los graduandos aspiraba a tomar órdenes dentro de la Iglesia anglicana. Así, las cuestiones candentes en tal ambiente eran de carácter teológico o, también, antiteológico. Pero, al ingresar en la Universidad hacia 1920, el mismo RYLE se encontró ya con un predominio de la población laica. «Por consiguiente, no podía hacerse esperar el momento en que los filósofos se desafiaran entre sí y fueran desafiados por sus nuevos colegas académicos, especialmente los científicos, a establecer inequívocamente qué clase de investigación era la Filosofía y cuáles eran los cánones de sus métodos especiales, si es que poseía métodos semejantes» (2). Según RYLE, esta situación atrajo el interés de los filósofos hacia los avances que venía haciendo la lógica de las matemáticas, del razonamiento probable y estadístico, de la inducción y de las ciencias sociales;

(1) Macmillan & Co. Ltd. — London, 1956. — VI + 126 p. (19 x 13 cm.). — 10s. 6d.

(2) Op. cit., pág. 4.

la especulación filosófica tenía mucho que envidiar a tal rigor y eficacia. MOORE consiguió precisamente su prestigio gracias al método analítico usado en sus investigaciones filosóficas. El Círculo de Viena impresionó a los pensadores, al establecer las garantías necesarias para el proceder científico. También el *Tractatus* de WITTGENSTEIN vino a converger en las mismas preocupaciones, tratando de averiguar cuál era el alcance de las proposiciones de la Lógica formal.

RYLE señala, luego, la temática común a todos los esfuerzos ulteriores por dotar a la Filosofía de carácter científico estricto. A su juicio, arrancan de BRADLEY en coincidencia cronológica y doctrinal con FREGE. Ambos se revelan contra el psicologismo entronizado por J. S. MILL, descubren la unidad funcional del juicio, reconocen que no todos los juicios siguen el socorrido esquema sujeto-predicado, ni todos los razonamientos son de estructura silogística y, finalmente, que todo pensamiento posee intrínsecamente un significado y toda expresión un sentido, de lo cual surge su capacidad de ser verdaderos o falsos. Es el problema del significado y del sentido a través de MOORE, MEINONG, RUSSELL, el Círculo de Viena y WITTGENSTEIN, lo que ha venido a constituir la filosofía del lenguaje actualmente vigente en Gran Bretaña. Pero RYLE observa que todavía se recogen en ella algunas aportaciones más. Destaca en primer lugar la del Principio de Verificabilidad, procedente del pragmatismo de JAMES. Cita a continuación el descubrimiento de la importancia lógica de la noción de relación por MORGAN, al cual RUSSELL añadió el establecimiento de xRy como esquema proposicional, estudiando las inferencias relacionales en sus *Principles of Mathematics*. Por fin, la codificación de las partículas *y*, *o*, *si* y *no*, dentro del cálculo proposicional, dió lugar a que se acordara que explicar ya no consistía en dar la definición de un predicado complejo, sino en establecer las condiciones de verdad de una enunciación compleja.

Las observaciones de RYLE vienen, pues, a hacernos notar que las motivaciones del positivismo británico contemporáneo son absolutamente coincidentes con las del positivismo decimonónico continental, es decir, el intento de poner la Filosofía a la altura de la precisión y la fecundidad alcanzadas por el conocimiento científico-natural. Es evidente, sin embargo, que la situación es algo más complicada. En primer lugar, el positivismo decimonónico procede del empirismo in-

glés a través del utilitarismo de la misma filiación, y cuenta, además, con miembros tan ilustres como los británicos J. S. MILL y H. SPENCER. De manera que no se trata de que el positivismo aparezca ahora con retraso y sin antecedentes en la Gran Bretaña. En segundo lugar, la filosofía del lenguaje que en ella florece actualmente, arranca del logicismo y no del empirismo clásico, hecho que también dificulta la correlación. Pero ésta puede ser establecida de una manera mucho más exacta, si se entiende el positivismo en virtud de su reacción contra el idealismo, y no de su inspiración por el cientismo. Este había ya dado su brote positivista en las Islas Británicas al mismo tiempo que en el Continente, y no tenía por qué darlo de nuevo. En cambio, el idealismo alemán, que fué barrido de Europa continental por el positivismo decimonónico, se enseñoreó de Gran Bretaña con un retraso considerable. De hecho, pueden bosquejarse a grandes rasgos las siguientes fases sincrónicas: empirismo inglés — racionalismo europeo, utilitarismo británico — idealismo alemán, positivismo conjunto, neohegelianismo isleño — reacción metafísica continental y, en la actualidad, neopositivismo británico — restauración metafísica continental. Teniendo en cuenta esta doble periodización, resulta mucho más comprensible el contraste final. En efecto, incluso los antipositivistas reconocen que los círculos filosóficos británicos están purgando hoy los desafueros del esoterismo idealista, y el mismo RYLE observa marginalmente que se ha recuperado «el sentido del ridículo que le salva a uno de tomarse en serio cualquier cosa que se diga solemnemente» (3).

En el primer capítulo del libro que comentamos, R. A. WOLLHEIM, del «University College» de Londres, estudia el pensamiento de F. H. BRADLEY como importante jalón conducente a la filosofía del lenguaje. Lo considera como tal no sólo en el sentido negativo que podría desprenderse de las observaciones que se acaban de hacer, sino también en el positivo de que demostró patentemente la inaceptabilidad de la especulación metafísica. En efecto, WOLLHEIM destaca que BRADLEY toma como problema capital el de salvar la singularidad de los objetos de su disolución en la generalidad de los enunciados lógicos. Para ello hay que poner cada objeto en relación con todos los demás, pertenecientes al pasado, al presente y aun al

(3) Op. cit., pág. 9.

futuro, ya reales ya imaginarios, o sea en relación con el todo de la realidad. BRADLEY se propuso, pues, reconstruir la total situación de hecho de la que los juicios se limitan a recortar una porción. Así, elaboró, en primer lugar, su doctrina de las «relaciones internas» y, sobre todo, su visión de la coincidencia de pensamiento y realidad en el Absoluto a través de la inmediatez del sentimiento, en una especie de monismo estético. De todos modos, BRADLEY nunca pretendió que el resultado de tales análisis invalidara por completo las creencias y opiniones generales acerca del carácter del mundo. Sin embargo, WOLLHEIM destaca el último resultado así conseguido con las siguientes palabras: «En ningún momento rechazó Bradley tales creencias. Admitía que eran perfectamente adecuadas a su manera. Simplemente respondían a necesidades diferentes e inferiores. En última instancia Bradley creyó que no había conflicto entre la Ciencia y la Metafísica, de la misma manera que algunos teólogos de su tiempo se habían considerado satisfechos con que no hubiera conflicto entre Ciencia y Religión. Para muchos la consecución de tal seguridad debió parecer entonces un triunfo avasallador. Al cabo de pocos años se había de considerar como una victoria pírrica. Al colocar la Metafísica más allá de las fronteras de la crítica, BRADLEY la situó más allá de las de la creencia» (4). Resulta, pues, claro cómo una Metafísica particular perdió en Gran Bretaña la batalla de la Metafísica en general. Únicamente podemos preguntarnos, ante esto, cuánto van a tardar los analistas en darse cuenta de que son posibles otros tipos de Metafísica, más adecuados que el monismo idealista.

Viene a continuación el estudio de W. C. KNEALE («Exeter College», Oxford) sobre G. FREGE y la Lógica matemática, donde se puede seguir paso a paso la serie de vicisitudes que llevaron al establecimiento del primer sistema completo en lógica formal. El próximo paso en el proceso doctrinal conducente al neopositivismo hoy vigente en el país, es analizado por D. F. PEARS, del «Corpus Christi College», cuyo trabajo se ocupa del atomismo lógico en RUSSELL, al que considera enlazado con la tradición idealista anterior a BRADLEY, aceptándole la crítica de que el empirismo descuidaba los juicios o proposiciones. Según PEARS, «lo que hizo Russell fué absorber esa parte de la tradición idealista y ponerla al servicio

(4) Op. cit., pág. 25.

del empirismo. En efecto, la nueva Filosofía es verdaderamente un empirismo basado en juicios o proposiciones, en vez de estarlo en ideas. Esto fué un adelanto importante, puesto que las proposiciones son unidades completas de pensamiento, mientras las ideas, como los términos o palabras separadas, son fragmentos incompletos» (5). He aquí un vínculo absolutamente positivo de la filosofía del lenguaje con el logicismo idealista, del que se acepta una tesis muy concreta y no sólo las implicaciones indirectas mencionadas por WOLLEHEIM. Pero RUSSELL se limitó a sustituir el principio de análisis de ideas establecido por HUME por el de análisis de proposiciones, sin alterar nada más en el esquema empirista, pasando así del atomismo psicológico al lógico, tan carente de fundamentos como el anterior. Por ello, PEARS lanza el siguiente reproche: «He aquí que la palabra 'átomo' significa 'partícula indivisible' y todavía está por ver cómo Russell y Wittgenstein llegaron a creer que ha de haber partículas lógicas indivisibles y, es más, qué sentido puede concederse a la noción de indivisibilidad lógica. Precisamente en este punto la teoría deja de ser realista y se hace metafísica» (6). La objeción está plenamente justificada, incluso para quien no se solidarice con el concepto de Metafísica como especulación gratuita, que es a lo que PEARS se refiere. Se trata de que RUSSELL cae en lo que en términos escolásticos se llama realismo exagerado en la solución del problema de los universales. Para RUSSELL los átomos lógicos son auténticos objetos, y esto es lo que origina todas las paradojas en que se ha enredado su pensamiento y el de sus seguidores, con claros antecedentes platónicos. Después de tales observaciones críticas, hay en el trabajo de PEARS una afirmación clave que ni él mismo destaca suficientemente: «Nótese que todo esto se asienta en la suposición de que el significado de una palabra es la cosa designada por ella» (7). Efectivamente, la salida que los analistas posteriores han encontrado, para las dificultades y para los excesos metafísicos de su antecesor RUSSELL, es afirmar que el significado de las palabras es *su uso* dentro de cada contexto. Este es hoy uno de los principios capitales de la filosofía del lenguaje británica, la cual lo ha extraído también de

(5) Op. cit., pág. 42.

(6) Op. cit., pág. 50.

(7) Op. cit., pág. 53.

un oscuro rincón del *Tractatus* de WITTGENSTEIN. En todo caso, el texto de PEARS nos brinda una aclaración fundamental acerca de la génesis y de la justificación dialéctica de las posiciones actuales del neopositivismo.

G. A. PAUL, del «University College», de Oxford, muestra luego que G. E. MOORE fué también un iniciador de la corriente analista. Aunque nunca rechazó de plano la Metafísica, MOORE señaló en sus estudios de Ética que las dificultades y los desacuerdos que llenan la historia de la Filosofía arrancan del hecho de que, al lanzarse a resolver cuestiones, no se ha intentado averiguar cuáles eran exactamente, ni si se trataba de una multiplicidad de ellas, encubiertas en una fórmula aparentemente sencilla; de ahí a decir que las cuestiones de la Metafísica carecen de sentido alguno una vez sometidas a análisis, sólo va, efectivamente, un paso. Otra anticipación de MOORE señalada por PAUL es la de que las afirmaciones metafísicas tienen un doble carácter. Por un lado, se enuncian en palabras que tienen sentido en el lenguaje ordinario y, por otro, se las defiende como portadoras de un significado técnico y aséptico. Pero aun hay más, MOORE afirmó que el uso ordinario del lenguaje no puede ser simplemente declarado rudo y vago, e intentó mostrar que, si se procura analizar su modo de expresar dificultades y paradojas, en vez de atender a la insuficiencia con que lo hace, tales dificultades y paradojas se esfuman. Estas son también las razones por las cuales los neopositivistas británicos intentan actualmente sustituir la Filosofía por un mero análisis del lenguaje ordinario. Con MOORE queda, pues, de una manera explícita, consumada la transición entre el pasado filosófico y la nueva tendencia.

Tras todas las aportaciones que se han considerado, el lector ha llegado a comprender la aparición del positivismo lógico en Gran Bretaña, resultado que constituye el mayor mérito del libro. Uno queda también preparado para entrar en el cuerpo de doctrina de los analistas británicos, tema al que efectivamente se dedican las páginas siguientes de *The Revolution in Philosophy*. A. J. AYER («University College», Londres) trata de la influencia del Círculo de Viena mediante sus tesis de verificación empírica de cualquier enunciado, del valor no informativo de las afirmaciones metafísicas, del carácter tautológico de la lógica y las matemáticas, de la filosofía como clarificación del lenguaje ordinario y científico, así como por medio de sus problemas acerca de las proposiciones protoco-

larias, sobre el carácter sintáctico o semántico de las afirmaciones filosóficas, sobre la construcción de sistemas lingüísticos y sobre la importancia de la decisión para resolver cuestiones filosóficas. A este interesante capítulo se añade el segundo de G. A. PAUL, dedicado a WITTGENSTEIN. Entre los importantes y oscuros textos de éste selecciona referencias al retorno de la Filosofía al uso cotidiano del lenguaje, al carácter liminar de la preocupación metafísica, al redescubrimiento de lo obvio como tarea del filósofo, al abandono de la explicación y la definición por la descripción y a la imposibilidad de establecer métodos para el hallazgo, invención y revisión de los usos del lenguaje.

Sin embargo, la importancia del Círculo de Viena y de WITTGENSTEIN para el establecimiento de la posición filosófica de los analistas británicos actuales, es limitada. Representan sólo la ruptura inicial del frente especulativo, en la cual aparecen una serie de principios más bien establecidos por contraposición. Una vez allanado el adversario, la filosofía del lenguaje tiende a hacer aportaciones inéditas, mediante la explotación ordenada de los terrenos de investigación ya suficientemente acotados como legítimos. La importancia documental de *The Revolution in Philosophy* radica, pues, también, en el abandono de la agresividad polémica de la escuela, hasta tal punto de que en los últimos capítulos del libro se empieza ya a acariciar la idea de montar una metafísica peculiar y propia. Los trabajos *Construction and Analysis*, de P. F. STRAWSON («University College», Oxford), y *Analysis and Imagination*, de G. J. WARNOCK («Magdalen College», Oxford), constituyen un adecuado colofón, en que la escuela toma plena conciencia de sí misma y de su responsabilidad intelectual, dando al lector la oportunidad de alcanzar una visión de conjunto que sólo podría, de otro modo, conseguir tras la paciente y laboriosa lectura de lo que ya son docenas de libros y centenares de artículos, aparecidos en la fase adulta e independiente del movimiento neopositivista británico. Por otra parte, éste queda así enfrentado con la prueba definitiva, la de saber si posee efectivamente consistencia interna y si sus frutos van a justificar su escandalosa irrupción.

STRAWSON empieza señalando la actual existencia de dos corrientes dentro del movimiento analítico general, la americana, especialmente asociada a los nombres de CARNAP y QUINE, y la inglesa, que se agrupa alrededor de AUSTIN y RYLE. La

primera se caracteriza diciendo que, como en el caso de los atomistas lógicos, sigue estando inspirada «en la nueva lógica formal establecida por Frege y Russell. Pues esa lógica ofrece un lenguaje-esqueleto, en el cual el significado de cada elemento es absolutamente preciso y la articulación de los elementos es absolutamente clara. Con el uso de tal entramado, de tal aparato lingüístico básico, pueden elaborarse otros sistemas de conceptos, en los cuales las relaciones mutuas entre las partes tendrán precisamente la misma claridad y precisión que en la propia lógica formal. Desde luego, los sistemas así contruídos e incluso el mismo sistema usado para su construcción, no son desarrollos naturales, sino creaciones artificiales» (8). Para la corriente inglesa, tal proceder equivale a estudiar la vida de un animal no observando su conducta en su medio natural, sino observando el aparato de relojería con que lo ha sustituido un ingeniero; si se quiere saber cómo funcionan nuestros conceptos, hay que estudiar su funcionamiento. STRAWSON dice: «Así, pues, hay que sustituir el antiguo programa de análisis, limitado y lastrado por la teorización, mediante un propósito distinto: el de llegar a entender los conceptos filosóficamente desconcertantes atendiendo con cuidado y precisión a la manera cómo las expresiones lingüísticas con ellos relacionadas son verdaderamente usadas en el discurso. Desde luego, no todos los aspectos del uso de las expresiones serán interesantes para el filósofo en sus tareas. Su especial pericia consiste precisamente en discernir *cuáles* importan y *de qué manera*» (9). Pero STRAWSON observa a continuación que esto no es suficiente aún, sino que debemos saber, además, *por qué* nuestro utillaje intelectual funciona como funciona. Para ello afirma que es preciso admitir otro tipo de pensamiento filosófico, no ya analítico sino imaginativo, puesto que ha de imaginarse, en primer lugar, cuál sería nuestro aparato conceptual si nuestra naturaleza y la del mundo fuesen diferentes, y, en segundo lugar, cuál sería nuestra visión de ambas, si las abordásemos con un aparato conceptual distinto, aun siendo ellas las mismas. Termina, por tanto, STRAWSON estableciendo que el pensamiento filosófico abarca no sólo la línea analítica, que se bifurca en una terapéutica y otra

(8) Op. cit., pág. 101.

(9) Op. cit., pág. 104.

sistemática, sino también la línea imaginativa, dotada de una prolongación explicativa y de otra inventiva.

WARNOCK dedica el último capítulo de *The Revolution in Philosophy* a la exposición detallada de la cuádruple tarea sumariamente enunciada por STRAWSON. Respecto al análisis terapéutico observa que «equivale a la dura pero verdadera sentencia de que las cuestiones dotadas de la generalidad característica de las cuestiones filosóficas tienden peculiarmente a arrancarnos respuestas sin sentido. El remedio consiste en volver a poner en ejercicio nuestros conceptos a propósito de ejemplos reales, a fin de observar cómo funcionan verdaderamente en los casos concretos. El peligro y la causa de 'calambre' filosófico radica en la creencia de que *debe* haber semejanzas donde no las hay de hecho; es precisamente desenmascarando tal creencia y confrontándola con la verdadera complejidad de los hechos, como pueden relajarse nuestros calambres y diagnosticarse nuestros desórdenes» (10). La tarea sistemática de la filosofía analítica no es, a juicio de WARNOCK, sino una generalización de la anteriormente descrita. Señala, en efecto, que el examen de las complejidades del lenguaje no tiene por qué arrancar de la existencia de una aporía filosófica y detenerse una vez se ha dado con la salida, sino que se puede examinar el lenguaje con espíritu de pura investigación, describiendo y ordenando sus características sin otro propósito que éste.

Hasta aquí el edificio de la nueva filosofía sigue asentado en sus más característicos y auténticos cimientos, y sin perder, por tanto, coherencia interna; se ha limitado, en efecto, a proyectarlos más allá de la superficie polémica que los originó. A través de todo lo que llevamos transcrito y dicho, se hace comprensible su aparición histórica y no es éste el lugar oportuno para discutir su fundamentación dentro de una dialéctica estricta y exclusivamente teórica; basten a este respecto las someras observaciones hechas o sugeridas acerca de la precipitación o la ignorancia que llevó a asentar tales cimientos con desprecio de soluciones menos drásticas y más matizadas. Pero, en cuanto la exposición de WARNOCK nos lleva a considerar las tareas imaginativas de la filosofía neopositivista, no podemos dejar de testimoniar cómo todo su edificio se

(10) Op. cit., pág. 114.



primera se caracteriza diciendo que, como en el caso de los atomistas lógicos, sigue estando inspirada «en la nueva lógica formal establecida por Frege y Russell. Pues esa lógica ofrece un lenguaje-esqueleto, en el cual el significado de cada elemento es absolutamente preciso y la articulación de los elementos es absolutamente clara. Con el uso de tal entramado, de tal aparato lingüístico básico, pueden elaborarse otros sistemas de conceptos, en los cuales las relaciones mutuas entre las partes tendrán precisamente la misma claridad y precisión que en la propia lógica formal. Desde luego, los sistemas así contruidos e incluso el mismo sistema usado para su construcción, no son desarrollos naturales, sino creaciones artificiales» (8). Para la corriente inglesa, tal proceder equivale a estudiar la vida de un animal no observando su conducta en su medio natural, sino observando el aparato de relojería con que lo ha sustituido un ingeniero; si se quiere saber cómo funcionan nuestros conceptos, hay que estudiar su funcionamiento. STRAWSON dice: «Así, pues, hay que sustituir el antiguo programa de análisis, limitado y lastrado por la teorización, mediante un propósito distinto: el de llegar a entender los conceptos filosóficamente desconcertantes atendiendo con cuidado y precisión a la manera cómo las expresiones lingüísticas con ellos relacionadas son verdaderamente usadas en el discurso. Desde luego, no todos los aspectos del uso de las expresiones serán interesantes para el filósofo en sus tareas. Su especial pericia consiste precisamente en discernir *cuáles* importan y *de qué manera*» (9). Pero STRAWSON observa a continuación que esto no es suficiente aún, sino que debemos saber, además, *por qué* nuestro utillaje intelectual funciona como funciona. Para ello afirma que es preciso admitir otro tipo de pensamiento filosófico, no ya analítico sino imaginativo, puesto que ha de imaginarse, en primer lugar, cuál sería nuestro aparato conceptual si nuestra naturaleza y la del mundo fuesen diferentes, y, en segundo lugar, cuál sería nuestra visión de ambas, si las abordásemos con un aparato conceptual distinto, aun siendo ellas las mismas. Termina, por tanto, STRAWSON estableciendo que el pensamiento filosófico abarca no sólo la línea analítica, que se bifurca en una terapéutica y otra

(8) Op. cit., pág. 101.

(9) Op. cit., pág. 104.

sistemática, sino también la línea imaginativa, dotada de una prolongación explicativa y de otra inventiva.

WARNOCK dedica el último capítulo de *The Revolution in Philosophy* a la exposición detallada de la cuádruple tarea sumariamente enunciada por STRAWSON. Respecto al análisis terapéutico observa que «equivale a la dura pero verdadera sentencia de que las cuestiones dotadas de la generalidad característica de las cuestiones filosóficas tienden peculiarmente a arrancarnos respuestas sin sentido. El remedio consiste en volver a poner en ejercicio nuestros conceptos a propósito de ejemplos reales, a fin de observar cómo funcionan verdaderamente en los casos concretos. El peligro y la causa de 'calambres' filosófico radica en la creencia de que *debe* haber semejanzas donde no las hay de hecho; es precisamente desenmascarando tal creencia y confrontándola con la verdadera complejidad de los hechos, como pueden relajarse nuestros calambres y diagnosticarse nuestros desórdenes» (10). La tarea sistemática de la filosofía analítica no es, a juicio de WARNOCK, sino una generalización de la anteriormente descrita. Señala, en efecto, que el examen de las complejidades del lenguaje no tiene por qué arrancar de la existencia de una aporía filosófica y detenerse una vez se ha dado con la salida, sino que se puede examinar el lenguaje con espíritu de pura investigación, describiendo y ordenando sus características sin otro propósito que éste.

Hasta aquí el edificio de la nueva filosofía sigue asentado en sus más característicos y auténticos cimientos, y sin perder, por tanto, coherencia interna; se ha limitado, en efecto, a proyectarlos más allá de la superficie polémica que los originó. A través de todo lo que llevamos transcrito y dicho, se hace comprensible su aparición histórica y no es éste el lugar oportuno para discutir su fundamentación dentro de una dialéctica estricta y exclusivamente teórica; basten a este respecto las someras observaciones hechas o sugeridas acerca de la precipitación o la ignorancia que llevó a asentar tales cimientos con desprecio de soluciones menos drásticas y más matizadas. Pero, en cuanto la exposición de WARNOCK nos lleva a considerar las tareas imaginativas de la filosofía neopositivista, no podemos dejar de testimoniar cómo todo su edificio se

(10) Op. cit., pág. 114.



cuarteas sumido en la incoherencia, la contradicción y la gra-titud.

Según el programa de STRAWSON, la imaginación filosófica debía ejercerse en primer lugar con propósito explicativo. Su tema básico es expresado por WARNOCK mediante estas dos preguntas: «¿Por qué usamos el lenguaje de esta manera? y ¿Qué ocurriría si lo usáramos de una manera diferente (o usáramos un lenguaje distinto)?» (11). A continuación establece que la respuesta debe conseguirse del siguiente modo: «Uno puede imaginarse el mundo o nuestras circunstancias en él sufriendo un cambio de un tipo o de otro, y preguntarse qué clase de modificación impondría el cambio imaginado en nuestro aparato conceptual... Si podemos ver cómo los cambios imaginados en las circunstancias pueden modificar nuestros conceptos, podemos llegar a ver cómo nuestros conceptos, tal como realmente son, dependen de las circunstancias que realmente se dan» (12). Es ya sorprendente ver cómo WARNOCK enumera tres dificultades auténticamente prohibitivas para el éxito de la operación, y se limita a responder literalmente y, a la cuenta, con un encogimiento de hombros: «Sin embargo, no debemos ser pesimistas sobre esto» (13). Pero lo verdaderamente grave es pensar que el propio positivismo rechaza la Metafísica tachándola de ser una construcción de mundos fantásticos. Por otra parte, ninguna metafísica respetable y perteneciente al pasado filosófico, tan execrado por los neopositivistas, se había atrevido a afirmar que la Filosofía consistiese en el libre ejercicio de la imaginación. Pues, efectivamente, los analistas se proponen ejercerla libérrimamente, es decir, sin garantía de ninguna clase. No pueden pretender que tales garantías surjan del análisis del lenguaje, ni terapéutico ni sistemático, incapaces de impedir sueños de visionario. Finalmente, los propios fundamentos del positivismo lógico hacen rechazable la noción misma de imaginación filosófica. ¿Cómo puede ser *verificada empíricamente* la fantasía de mundos o circunstancias distintas de las reales? Nos tememos que los analistas británicos se han metido en un callejón sin salida.

Las mismas reflexiones devastadoras pueden hacerse a propósito de la caracterización que WARNOCK, de acuerdo con

(11) Op. cit., pág. 117.

(12) Op. cit., págs. 119 y ss.

(13) Op. cit., pág. 120.

STRAWSON, establece para el aspecto inventivo de la imaginación filosófica. «En vez de probar los conceptos que efectivamente empleamos, imaginando cómo se modificarían si los hechos fueran distintos de como son, podemos suponer que éstos se mantienen inalterados mientras los conceptos que empleamos cambian» (14). WARNOCK, en efecto, admite que esto es metafísica y no puede dejar de hacerlo, según el concepto positivista de la misma. No obstante, intenta salvarse con un distingo, en el que los metafísicos positivistas pueden hallar patente de corso: «Un sistema metafísico, un aparato conceptual inventado, puede tener muchas virtudes, tales como elegancia, simplicidad, originalidad, amplitud, profundidad o capacidad de ser psicológicamente satisfactorio; pero la pretensión de que tal sistema es exclusivamente verdadero o únicamente fiel a la Realidad, es una pretensión que coloca a la Metafísica en un terreno completamente equivocado, del cual se arriesga a ser expulsada destructivamente» (15). Así, pues, la metafísica de los analistas es legítima porque nunca pretenderá ser verdadera. Ante esto, uno se pregunta por qué intentan hacerla, a menos que sólo se trate de un juego de niños.

La impresión final es que la filosofía del lenguaje ha hecho su viaje en vano, que, cuando intenta revestirse de consistencia propia y levantar el vuelo de la especulación más allá de su origen polémico, sus propias cuchillas le cortan las alas. He aquí unas cuantas palabras más de WARNOCK que lo confirman: «Si algo es característico de la Filosofía contemporánea, se trata precisamente del haberse dado cuenta de que el lenguaje tiene *muchos* usos, entre los cuales están el ético, el estético, el literario e, incluso, el metafísico. No hay en ella ninguna tendencia a decir 'No se debe (o no se puede) decir esto'; se está dispuesto a apreciar en sus méritos cualquier cosa que se diga y con cualquier fin que se diga, con tal que *se diga* algo y las palabras no se usen en vano» (16). Nos quedamos, pues, con palabras y de ellas no podemos salir. Pero es preciso que no se digan en vano, y, para los analistas, sólo hay dos clases de lenguaje que no son ociosos, el científico y el ordinario. Ahora bien, éstos sólo dejan de ser ociosos en cuanto se someten a análisis. La mayor parte del lenguaje cienti-

(14) Op. cit., pág. 121.

(15) Op. cit., págs. 122 y ss.

(16) Op. cit., pág. 125.

fico ya se ha sometido a él y, así, se salva. En cambio, sólo una pequeña parte del lenguaje ordinario puede quedar en pie tras su análisis. El principio fundamental es que el lenguaje sólo *dice* cuando es informativo, o sea, cuando se refiere a situaciones de hecho que lo hacen empíricamente verificable. El análisis del lenguaje es, precisamente, la búsqueda de su verificabilidad.

Sobre estas últimas aserciones basaban los analistas sus tempranas y devastadoras diatribas, como, por ejemplo, las de AYER en *Language, Truth and Logics* (1938 y 1946). Sin embargo, en *The Revolution in Philosophy* pretenden ser mucho más generosos y eso es lo que intenta WARNOCK en el texto últimamente citado. Está dispuesto a admitir otros usos del lenguaje, aparte el informativo, aunque al final de su afirmación vuelva a recaer en la exclusividad informativa. Veamos cómo funciona esa tolerancia de los analistas en el caso de afirmaciones concretas. Si decimos «Dios es todopoderoso», establecerán que lo único que podemos querer decir es que «con frecuencia experimentamos estados emocionales de impotencia, que nos dejan en la misma situación que si existiera Dios y fuera todopoderoso»; a esto quedaría reducido el legítimo uso del lenguaje teológico. Si viene un metafísico y dice «el mundo es contingente», en realidad lo que pretende es «que nos comportemos como si el mundo fuera contingente»; el lenguaje metafísico se reduce a una mera pretensión ética. Todo lenguaje no informativo, por tanto, viene a reducirse, o bien al anunciado de estados emocionales o al de actitudes morales. Pues bien, sobre los estados emocionales no se puede hacer nada; simplemente somos juguetes de ellos de una manera ciega. En cuanto a las actitudes morales, tampoco se les puede buscar fundamentación alguna; simplemente nos decidimos a adoptarlas de una manera arbitraria. Tal es, en última instancia, el alcance de la generosidad de los analistas: la indiferencia absoluta respecto a lo no informativo, basada en un cierto fatalismo acerca de lo emocional y en el puro voluntarismo respecto a lo moral.

Más arriba se ha dicho que esta nota no era lugar oportuno para juzgar los fundamentos del positivismo lógico. Ahora puede, seguramente, añadirse que tampoco es demasiado necesario hacerlo; puede bastar la consideración de sus resultados. Estos son suficientes para producir la ruina total de la cultura de Occidente, tan ampliamente basada en la posibilidad de

alcanzar el rigor en lo no puramente informativo. Si ésta es la lección que nos proporciona la lectura de *The Revolution in Philosophy*, bien podemos considerarlo un libro magnífico y aun precioso.

J. PÉREZ BALLESTAR

Universidad de Barcelona

A PROPOSITO DE DOS LIBROS DE ROMANO GUARDINI

SEMBLANZA. EL HOMBRE

La ideología, la inquietud y la expresión de Romano GUARDINI, son alemanas. Pero de Italia tiene GUARDINI el nombre, la partida de nacimiento y la mirada cariñosa a todo lo que existe. Así, en esta personalidad tan armónica, convergen la intención y la perspectiva, el pensar abstracto y el pensar artístico.

GUARDINI ha sabido convertir el contraste en sistema, recogiendo lo mejor de cada término. Ha descubierto la coherencia luminosa.

Latino y germánico, torna a crear en cada libro la promesa del Occidente cristiano. Sacerdote católico, educador, pensador y artista, comprende como pocos la inquietud y la totalización de los intelectuales jóvenes. Su influencia sobre la juventud alemana ha sido enorme desde la postguerra de 1914. Este hecho se debe seguramente, aparte la sólida formación de GUARDINI, a su voluntad de considerar el pensamiento ajeno. Al leer sus libros se siente resonar la propia meditación, la propia crítica, el temor compartido. Y al final aparece todo como el camino preciso para la verdad.

Característica de la obra de GUARDINI es también su esencial religiosidad. Él es un sacerdote que escribe siempre para descubrir y enseñar el rumbo de Dios. Y tanto en su obra específicamente litúrgica o teológica, como en la restante humanística, la clave de bóveda no es otra que la explicación en lo eterno. Sentido éste que no viene impuesto desde fuera, sino que surge de la realidad misma, de la entraña del ser.